

instrumentos músicos: cítaras, flautas, cuernos, trompetas y címbalos. Ante el espectáculo de tantos y tan ricos instrumentos en los que resplandecía el oro y las piedras preciosas, pudiérase creer que Apolo y Baco emprendían su paseo triunfal por todo el mundo.

Llegaron en pos otros carros suntuosos, en los que iban acróbatas, danzantes y bailarinas formando grupos artísticos con lirios en las manos y coronas de flores en las frentes; y detrás iba, también en ricos carros, una multitud de jóvenes de peregrina hermosura con sus largas cabelleras recogidas en redes de oro, y destinadas no a los oficios domésticos, sino a servir de ornato en el palacio del Rey.

Seguía después otro escuadrón de caballería; estos de ahora eran gigantescos, de ojos azules, barbas enmarañadas y rojos cabellos. Por entre los vestidos de pieles y férreas corazas de aquellos bárbaros se dejaba ver su recia musculatura semejante a una máquina guerrera fabricada para sostener el enorme peso de las armas.

El suelo parecía estremecerse al paso de aquel ejército formidable que con andar pesado y regular, como satisfecho de su poder, pasaba mirando desdeñosamente al pueblo que atónico le contemplaba.

Detras marchaban algunos tigres y leones amansados, los que solía unir a veces el valeroso príncipe a su triunfal carroza. Las ligaduras de aceros con que aquellas terribles bestias eran conducidas por hercúleos domadores desaparecían bajo una profusión tal de guirnaldas que las fieras parecían caminar entre flores, mientras dirigían a la muchedumbre miradas soñolientas, y de vez en cuando, levantando sus enormes cabezas, olfateaban ansiosas las emanaciones de los cuerpos humanos y, sacando las rojas lenguas, se relamían los hocicos.

Seguían las carrozas de los capitanes más notables de diversos tamaños, y de mil distintas formas,



cubiertas unas de púrpura y oro, otras con incrustaciones de marfil, de perlas y piedras preciosas que deslumbraban con sus cambiantes.

Finalmente apareció el valeroso HIJO DEL SOL. Venía tendido en su carro de combate que representaba una tienda abierta por los lados, para que su interior quedara más visible. El carro tirado por seis blancos caballos con herraduras de oro se deslizaba suavemente.

Cerraban la marcha miles de servidores que lucían a la luz dorada del sol los infinitos colores de sus extrañas vestimentas.

Era aquel un espectáculo singularísimo, cuyo brillo deslumbraba a un tiempo los ojos y el espíritu: diríase que hasta los rayos del sol quedaban cautivos en aquellos esplendores de tan brillante cortejo.

Apenas hubo penetrado en la ciudad el último de los servidores, aparece en una gran ventana de la torre la esbelta silueta de la HIJA DE LA LUNA, y en el mismo ins-



tante, postrándose a sus pies toda aquella multitud, la aclaman a voz en grito *su Reina y su Señora*.

Mas ella, que está contemplando la negra figura del príncipe, rechaza la tal oferta, negándose a ser su esposa.

Herido el HIJO DEL SOL, en su soberbia, abandona su áurea carroza y trasladándose a la torre acompañado de algunos de los suyos hácela saber: *Que si la negrura de su piel le hace odioso, la blancura del acero de sus espadas le hará digno de amor*.

*¡Oh poderoso Príncipe!, contéstale la doncella, ni mis guerreros tiemblan al ver a los tuyos, ni el acero de mis espadas se dobla al chocar con el acero de las tuyas, mas para que ni mi pueblo, ni el tuyo, padezca, haz esto y aceptaré:* y dirigiéndose a una de las ventanas de la torre, y mostrándole el tranquilo Tajo, y el delicioso valle que a sus pies había, le dice: *Que ese río que contemplas abandone el camino que*

*ahora sigue, y venga a correr por el valle que está debajo de mi torre, pero ha de ser todo esto antes que nuestra diosa DIANA venga a visitar esta Ciudad en su carroza de gala.* (1)

El nivel del valle había de ser rebajado en toda su longitud unos cinco codos y solo quedaban para terminar el plazo veinte días y unas horas. No obstante, el HIJO DEL SOL contempla a sus bravos súbditos, y sin dudar un instante, acepta.

### III

Dos semanas habían transcurrido, y una multitud de esclavos llenaba el estrecho valle por donde debía ser abierto el nuevo cauce del caudaloso río.

Entre ellos había también numerosos e ilustres guerreros que, habiendo abandonado las armas, habían tomado en su lugar los picos y las azadas.

El mismo HIJO DEL SOL, despojándose de sus ropas de príncipe, animaba con el ejemplo a sus ya extenuados trabajadores.

Como el plazo señalado para llevar a cabo tan grande obra era tan corto, trabajábase sin descanso de día y de noche. Con el fin de hacer posible esto último, habían colocado en las dos vertientes que forman el citado valle numerosas y grandes teas, las que encendidas en medio de la oscuridad ofrecían un espectáculo altamente fantástico, aterrador: veíase en el fondo del valle a los hombres moverse de un lado para otro, cual si fueran rojos fantasmas ambulantes; las cumbres de los montes dorábanse con el rojizo resplandor de los teas, al tiempo que una gran columna de humo que semejaba una nube formada por dorado polvo de oro se elevaba majestuosa al espacio.

(1) Plenilunio.

(Continuará)

